

## **Entre transfiguración y transgresión: el escenario espacial de Santa Teresa en la novela de Roberto Bolaño, 2666**

Cathy Fourez

**2666** es una especie de bitácora que navega entre la luz y el abismo, o mejor un río de múltiples afluentes habitados por una retahíla de protagonistas cuyas vidas oscilan entre la risa y las lágrimas, entre la sonrisa y el horror. La novela conecta dos continentes y ofrece, mediante largas distancias suspendidas en el espacio y abruptas aceleraciones por el tiempo, un recorrido panorámico de la historia europea del siglo XX y una descripción de un ser humano en ruinas y derrotado. Cinco partes componen la novela de Roberto Bolaño, cinco movimientos independientes, abiertos, pero enlazados entre sí por situaciones, personajes, estrategias narrativas, y ante todo por un espacio literario irrespirable, con la omnipresencia del viento del desierto y la irrupción cotidiana de la monstruosidad, un lugar que se llama Santa Teresa.

Parece que Santa Teresa, la ciudad fronteriza-protagonista de *2666*, soporte ficticio de Ciudad Juárez y de su actualidad criminal, los asesinatos en serie de mujeres, no es más que un despliegue y repliegue de zonas arraigadas, inestables, cambiantes que metamorfosean el espacio urbano en un *collage* de signos dispares, de existencias heteróclitas. Sin embargo, la ola de voces polifónicas que interviene en la ficción, tal vez sirviese para intentar narrar lo inefable, mostrar que siempre es posible encontrar un sentido a lo inexplicable. Como en *La chute de l'ange* (*La caída del ángel*, 1923-1933-1947) del pintor francés de origen ruso, Marc Chagall, Bolaño retrata el mal que se manifiesta en su esencia apocalíptica y que, en la novela, se abate particularmente sobre el género femenino, alegoría tal vez de una humanidad sin defensa.

Los cuerpos de las víctimas son el objeto de tratamientos odiosos, de manipulaciones extremas, de explotaciones inhumanas; hacia estos cuerpos femeninos convergería toda una serie de intereses financieros de los que la mujer sería la apuesta y la sustancia, o más bien la presa. En *2666*, el suceso

criminal se convierte a la vez en un acontecimiento, objeto y acto literario que entregaría al lector una radiografía del mundo. En *Sombra de la sombra* (1985) de Paco Ignacio Taibo II, el protagonista Manterola, a su propia pregunta “¿Por qué te hiciste periodista de nota roja Manterola?”, contesta “Porque ahí está la verdadera literatura de la vida, mi hermano” (201). Por su relación directa con la realidad, la académica Maryse Renaud subraya que: “La nota roja brinda una foto instantánea y sintética; deja ver de manera violentamente condensada, lo que intenta precisamente enmascarar el discurso oficial: las manifestaciones convulsivas de la verdadera vida” (1998: 187).

La nota roja sería por lo tanto el barómetro optimista o pesimista de la sociedad. Al ficcionalizarla, Roberto Bolaño trastorna la realidad pero, como objetaría Louis Aragon, “mentir permite alcanzar la verdad”.<sup>1</sup>

Puede ser que Santa Teresa, como *El jardín de senderos que se bifurcan* (1944) de Borges que alude a todos los jardines, a todas las posibilidades narrativas, sea la representación universal de todos los fenómenos extremos de barbarie llevados a cabo y vividos por el ser humano. Una luz negra se destacaría de esta novela que presenta una visión casi total del siglo XX, una metáfora siniestra, tenebrosa y espectral del universo humano. Borges decía que “quizás la historia universal no sea más que la historia de unas metáforas”. Aquí la historia de la metáfora consistiría —como explica uno de los seres de papel de la ficción de Bolaño, el periodista afroamericano Fate a su jefe de sección, al evocarle los crímenes de mujeres en Santa Teresa— en proponer: “Un retrato del mundo industrial en el Tercer Mundo [...], un *aide-mémoire* de la situación actual de México, una panorámica de la frontera, un relato policial de primera magnitud [...]” (373).

A Fate estos femicidios en serie lo perturban, no cesa de machacar las palabras de Guadalupe Roncal: “Nadie presta atención a estos asesinatos, pero en ellos se esconde el secreto del mundo” (439)... ¿Secreto del mundo?... el de la bestia inmundada, el del desmoronamiento contemporáneo de la colectividad humana, el del genocidio, el de un festín demoníaco, el de la ruina del hombre, el del aniquilamiento de los valores de la humanidad, el de “toda la orfandad del mundo, fragmentos, fragmentos” (265), como lo piensa Amalfitano... Tal vez la luz de la escritura ayude a verlo y a saberlo pero, como recuerda Jacques Derrida, “el corazón de la luz es negro”, y por ahí parecen transparentarse las heridas y las fracturas de la H/historia.

<sup>1</sup> La frase exacta es la siguiente: “Les réalistes de l’avenir devront de plus en plus mentir, pour dire vrai” (Aragon 1980: 24).

La cuarta sección, “La parte de los crímenes” constituye la zona central y más amplia de la novela, y se entrega a un insólito y sórdido ejercicio literario, el de un desfile, casi me atrevería a decir un “censo”, tan científico como lírico de más de cien cuerpos de mujeres asesinadas. En esta inagotable e inaguantable lista de informes forenses, las víctimas, muchas anónimas, si no recuperan su identidad, por lo menos cobran de nuevo voz, una voz escrita, una hipálage que les permite volver a morir, pero esta vez digna y personalmente. La muerta es la adolescente, la muchacha, la mujer; es la alumna de la universidad o de la escuela, la obrera de las maquiladoras del primer mundo que infringen los derechos laborales, el ama de casa, la amante, la jovencita que se prostituye para sobrevivir o que trabaja los fines de semana en una cantina, e incluso “a veces”, la periodista comprometida y la mujer de la alta sociedad.

Muchos cadáveres de mujeres asesinadas tienen como única sepultura los basureros de la ciudad; entre ellos, uno se llama “El Chile, el mayor basurero clandestino de Santa Teresa” (752). De este vocablo polisémico se derivan varias connotaciones peyorativas cercanas al campo léxico del daño y del sufrimiento. Éste tiene una orientación culinaria (el chile picante, pero que puede lastimar), belicosa (algunas etnias prehispánicas lo utilizaban como arma de tortura, depositándolo en las partes genitales del rehén) y geográfica (alude al país de donde es oriundo Roberto Bolaño; nación, que bajo la dictadura de Pinochet, vivió la opresión y los tormentos, hechos descritos en otra de las novelas del autor, *Nocturno de Chile*). Además, el criminólogo norteamericano Albert Kessler (será, por la homofonía auditiva, la máscara ficticia de Robert K. Ressler, célebre investigador estadounidense de asesinatos seriales) al visitar dicho lugar dirá que “el olor, huele a muerte” (753).

En este espacio urbano donde todo se concibe en el horror y el terror, se desenrollan retratos de personajes metidos en el asunto y que oscilan entre ficción y realidad. Mencionemos dos ejemplos : el alemán Klaus Haas,<sup>2</sup> “el

<sup>2</sup> En la página 596 de nuestra edición, el narrador de 2666 indica que Klaus Haas “Era el dueño de dos tiendas en Santa Teresa en donde vendía desde walkman hasta computadoras y también tenía otra tienda similar en Tijuana, que lo obligaba a ausentarse una vez al mes, para revisar los libros, pagar a los empleados y reponer existencias”. Ahora bien, Diana Washington Valdez, en su obra documental *Cosecha de mujeres*, hace hincapié en el hecho de que “cerca de quince jóvenes desaparecidas o asesinadas se inscribieron o de cierta manera tuvieron contacto con un plantel de ECCO” (Washington 2005: 62), una escuela de computación ubicada en el centro de Ciudad Juárez.

gigante" inculpada que cierra "La parte de Fate", sería la encarnación imaginaria por su nacionalidad extranjera, por la fecha de su detención (1995), por concordancias biográficas (residencia de varios años en los Estados Unidos, llegada reciente a Santa Teresa), por su manera de actuar con los miembros de la prensa, del egipcio Abdel Latif Sharif Sharif, acusado de numerosos asesinatos de mujeres en Ciudad Juárez. Sergio González que trabaja para el periódico *La Razón* y que en el transcurso de sus investigaciones sobre las muertas de Santa Teresa sospecha un trasfondo de comercio de snuff-movies, sería la copia ficticia de Sergio González Rodríguez, periodista de *Reforma* y autor de una exhaustiva y explosiva obra, *Huesos en el desierto*, que trata de las violencias cometidas contra mujeres en el estado de Chihuahua.

El relato, que empieza en enero de 1993 con la descripción clínica de una víctima del feminicidio, clausura su ciclo de la misma manera, cuatro años más tarde, en diciembre de 1997, con una cifra de más de cien muertas.

El sitio pilar de 2666, urbe fronteriza situada en el estado de Sonora, que desempeña un papel de punto de intersección, de punto de caída para los protagonistas, sin que por eso coincidan siempre entre sí en este espacio, tiene una faceta polisemántica.

Lugar de pasaje, de exilio, de encuentros, de separaciones y de reencuentros dentro de la novela, Santa Teresa por su descripción geográfica y climática, por su situación económica y social, pero sobre todo por su actualidad, no resulta más que la representación imaginaria de Ciudad Juárez en el estado de Chihuahua. El nombre de esta urbe, si bien posee un referente real preciso, tiene un alcance polisémico, es decir que multiplicaría las lecturas posibles y radicaría en la pluralidad de los significados asociados a su significante único. Semejante a muñecas rusas, parece enumerar diversas acepciones que brotarían durante la percepción del relato. Propicio a metamorfosis, también se erigiría tal vez como un territorio o "desterritorio" de la barbarie universal y monstruosamente humana. Bolaño atribuyó como máscara onomástica a un entorno amenazador y aborrecedor para con el género femenino no sólo un nombre de mujer sino también de santa. Desde este apelativo es posible proceder a una declinación semántica y conectarla con lo verosímil y lo creado.

Primero en el nivel espacial, un cruce fronterizo llamado Santa Teresa se localiza 42 millas al sur de la segunda urbe más grande de Nuevo México, Las Cruces, y a veinte minutos del centro histórico de El Paso, Texas. Es la principal ruta al sureste de Ciudad Juárez, en el estado de Chihuahua, y

hacia el interior de México. Además, en el continente europeo y con más precisión en la parte norteña de la Sardaña, existe un puerto cuyo nombre es Santa Teresa. El idioma oficial de este estado insular es el italiano, vistazo tal vez al protagonista tentacular de la totalidad de los relatos, Hans Reiter,<sup>3</sup> un escritor alemán que vivió luego del fallecimiento de su esposa en Italia y que se inspiró en la identidad del retratista milanés Giuseppe Arcimboldo (1527-1592) para crear su apodo de novelista. Por otra parte, de la presencia de sitios nombrados Santa Teresa tanto en el Nuevo como el Viejo Mundo, translucirían los cruces y las migraciones que se operan entre los dos territorios a lo largo de las peripecias.

En segundo lugar, en el nivel del nombre femenino, se destacarán varias hipótesis: varios hospitales dentro de la República mexicana cuya especialidad son la ginecología y la obstetricia (como en Lomas Virreyes en el D.F.) llevan la identificación de "Santa Teresa". En los informes forenses de la novela, los cadáveres de las muchachas asesinadas ostentan terribles lesiones y particularmente en el seno del útero. Las imágenes de la matriz materna violada, de la vagina profanada y pulverizada, invaden las páginas del cuarto movimiento y engendran una negación y luego una aniquilación del aparato genital femenino, fuente de procreación y de alumbramiento.

Por fin se trazan conexiones con Santa Teresa de Lisieux (1873-1897) y sobre todo con Santa Teresa de Ávila. La primera creció en el seno de una

<sup>3</sup> "La parte de Archimboldi": la última sección se inicia en 1920 con el nacimiento en Alemania de este protagonista, y a partir de ahí se desarrolla la historia que procuran reconstruir los críticos literarios de la primera parte de la novela, la del escritor Benno von Archimboldi. El narrador evoca la niñez y la experiencia del movedizo escritor alemán, de su verdadero nombre, Hans Reiter, como soldado del Reich. Al descubrir, durante la guerra, el cuaderno de Borís Abramovich Ansky, Reiter recoge, en medio de los apuntes, una alusión al pintor italiano Arcimboldo visto como el artista que evapora la tristeza. Esta sección entrega al lector una reflexión acerca de la historia de la barbarie humana juntando dos tipos de genocidio que flagelan la época contemporánea: la exterminación de los judíos durante la segunda guerra mundial y el feminicidio en Ciudad Juárez. La historia de la vida de Benno von Archimboldi es una dolorosa y sangrienta versión de la historia del siglo XX europeo y una lacerante entrada en la esfera del siglo XXI. Por otro lado, reparamos en que esta parte a la vez conecta los otros movimientos entre ellos y los aclara, y que el escritor alemán se erige como uno de los hilos conductores de la novela; de él salen ramificaciones narrativas y actanciales. Así que no es extraño observar que la quinta novela de Archimboldi lleva el nombre de *Bifurcaria bifurcata*, reflejo de la proliferación de historias, de personajes, de detalles que se entrelazan y acaban por confundirse.

familia de seis hijas, eco eventual a la cifra “6” de la instancia titular,<sup>4</sup> y pasó a tránsito a los 24 años, edad de muerte precoz que hace pensar en la extrema juventud de la mayor parte de los cuerpos encontrados en el principal lugar de acción de la ficción. También la santidad, sinónimo de inocencia y pureza sería otra manera de insistir en la niñez y la adolescencia, y por lo tanto en la virginidad, de numerosas víctimas que a veces no alcanzaban los quince años.

Santa Teresa de Ávila fue una mujer que, en el transcurso de su larga existencia, vivió el martirio, sufrió persecuciones por el progreso de la Reforma en España; en el convento de San José, que fundó, residió durante varios años e hizo reinar en él una gran miseria, un silencio casi perpetuo y un modo de vivir drástico. Los términos vinculados con la religiosa carmelita podrían aplicarse a otra escala a todas las muchachas tiranizadas y asesinadas. La monja simbolizaría quizás los tormentos padecidos por las víctimas del feminicidio ya que, según reveló la autopsia en el cadáver de la santa, había en su corazón la cicatriz de una herida larga y profunda. No obstante, es menester enfatizar otra faceta de Santa Teresa de Ávila, la de una mujer firme, determinada e independiente. Antes de optar por la vocación religiosa, la ropa, el maquillaje, las novelas de caballería la atraían bastante; luego supo oponerse a la autoridad de su padre, quien se negaba a verla quedarse en el Convento de la Encarnación. Dentro de este mismo convento muchos consideraban que llevaba una vida disipada por descuidar la oración mental. Estas distintas características subrayan la libertad de tono, de movimiento, de pensamiento con la que encaró Santa Teresa los prejuicios y las convenciones patriarcales de su época. Por otra parte, su autonomía se evidencia en su nombre. Se cree que la palabra “Teresa” viene del vocablo griego “Teriso” que significa cultivar, o sea, es la “cultivadora”; o viene de la palabra “terao” que significa

<sup>4</sup> La instancia titular 2666 resuena como un código (¿un código maléfico para abrir la caja de Pandora?) que hace falta elucidar e interpretar. El eco sucesivo y sempiterno que se destaca de la sibilante del seis recuerda por onomatopeya no sólo el silbido del peligro viperino, del viento angustioso que barre el desierto del norte de México, sino también un espacio circular vicioso y sin salida, un espacio en el que se vuelve siempre al crimen. Cifra enigmática, 2666 es también una fecha, hipotética ojeada al libro *1984*, que medita como la obra de George Orwell sobre la pérdida del hombre. Por otra parte, “666” marca el reinado de la Bestia, el Anticristo, símbolo del mal; es la fórmula que menciona San Juan en el Nuevo Testamento en la parte dedicada al *Apocalipsis*.

cazar, o sea, es la “cazadora”. En la urbe de Santa Teresa como en su representación real, Ciudad Juárez, el feminicidio es un asesinato misógino cometido por hombres que reivindican su virilidad, su superioridad de género masculino y que se rebelan en contra de una posible independencia, fuerza y ambición por parte del sexo femenino.

En 2666, Santa Teresa exhibiría tres fronteras femeninas:

- La de la mujer sometida y violentada, muchas veces obrera, que vive en zonas destartadas y carentes de estructuras urbanas; formaría el género subalterno (las víctimas).
- La de la mujer liberal y acomodada, médica, abogada, política, que vive en los sectores residenciales; formaría el género privilegiado (la médica Elvira Campos, la periodista y diputada del PRI, Azucena Esquivel Plata).
- La de la mujer comprometida, luchadora, ávida de verdad, que trabaja como periodista o que pertenece a los comités de apoyo; formaría el género resistente (la locutora de la radio *El Heraldo del Norte*, Isabel Urrea, la filial santateresana del grupo Mujeres de Sonora por la Democracia y la Paz, el grupo feminista llamado Mujeres en Acción).

De Santa Teresa se destaca un retrato “jánico”. La primera percepción se fundamenta en una descripción más bien diurna de la urbe. El recorrido lo emprendemos con los tres investigadores europeos que van en busca del viejo escritor alemán, Benno von Archimboldi. La pluma-cámara del narrador da una vuelta por toda la ciudad. Así pasamos de la pobreza que domina en el oeste del espacio urbano a la decrepitud de los antiguos edificios del centro, en donde la prostitución contrasta con el mundo de los negocios. El este se puebla esencialmente de barrios modernos y ricos, y se opone al norte constituido de fábricas y tinglados abandonados y lotes baldíos en donde se edifica a veces una escuela. En el sur se vislumbran colonias marginales, carreteras que salen de la ciudad, barrios hambrientos que se van incrementando y a lo lejos el horizonte de las maquiladoras (170-171).

La superficie de la urbe resulta ilimitada, inagotable y da la impresión a los tres profesores extranjeros de que va creciendo a cada segundo. La sensación que experimentan los tres europeos al ver y cruzar la ciudad es muy negativa. El primer adjetivo con que califican el entorno es “caótico” (150), y luego emplean la expresión “mediocridad del lugar [...]”, una prueba más de la riqueza a menudo atroz del paisaje humano “ (152). A medida que se acostumbran al medio ambiente, el espacio se va desarrollando como una

llamada metafórica. Así, en su visión de Santa Teresa, una amenaza se ensancha poco a poco, se aproxima paulatinamente y se condensa en un foco de ampliación. Asistimos a la difusión de un ambiente cada vez más vertiginoso y acongojador donde se expresa un desliz, una licuefacción del marco espacial. Las señales de vida animal que cercan la ciudad apuntan a la existencia de predadores como los zopilotes, "buitres pequeños y carroñeros" (172), que vigilan los yermos en los extremos de Santa Teresa.

La imagen de la carne y de su olor a tierra caliente se repite como un ritornelo durante la estancia de Liz Norton, Jean-Claude Pelletier y Manuel Espinoza. Este clima antropófago repercute en el cielo que al atardecer se parece a "una flor carnívora" (172). Algo inasequible es a la vez fascinante y aterrador en su esencia desconocida. Desde la llegada de los investigadores a Santa Teresa, hay diseminados indicios hostiles relacionados con la fauna belicosa y carnicera, la comida averiada y pútrida, huellas que reflejan los asesinatos de las mujeres. Esta imagen destructora y caníbal hace eco a una normalización de la barbarie que sería perceptible en el espacio fronterizo de 2666, una especie de cuerpo orgánico que dejaría ver su propia descomposición, su propia anormalidad, su propio delirio. Antes de marcharse de México, Liz Norton no deja de machacar la fórmula siguiente, "Esa horrible ciudad" (187, 189, 191), leitmotiv que sale de la boca de una mujer que tildó a su ex esposo del "peor marido que se podía echar encima una mujer" (53), como si durante la pronunciación de esta pareja léxica, ella se convirtiera en la portavoz de las víctimas de la brutalidad masculina.

En "La parte de Fate" se expone una descripción nocturna ya anunciada en las palabras pronunciadas en un restaurante del estado de Arizona por una camarera, quien se dirige al periodista neoyorquino a propósito de Santa Teresa: "No es un lugar muy agradable —dijo la camarera—, pero es grande y tiene muchas discotecas y sitios para divertirse (340). Este comentario determina a Santa Teresa como un lugar de entretenimiento y de ociosidad. Durante su trayecto hacia la ciudad norteña mexicana, Fate ve desfilar paisajes nocturnos fantasmales con formas asaltantes, pueblos sin luz, impresiones mórbidas: "como si los habitantes hubieran muerto esa misma noche y en el aire todavía quedara un hálito de sangre" (342-343).

El viaje por la carretera parece metamorfosearse en una caminata por un cementerio y proyecta la sumersión de Fate en la actualidad espeluznante de Santa Teresa. Su presencia en la pelea que se va a celebrar en el pabellón de boxeo Arena del Norte lo empuja a frecuentar los espacios nocturnos urbanos: moteles de las afueras, hoteles del centro, barrios periféricos labe-

rínticos sin asfaltar y sin alumbrado eléctrico (342), locales como “El Rey del Taco”, tachado por el protagonista norteamericano de “lugar infernal” (395), residencias privadas como la de Charly Cruz, un sitio de droga, de sexo y de difusión de películas pornográficas. Un intercambio con Omar Abdul, el sparring del boxeador Merolino, sobre Santa Teresa, desvela el espíritu falócrata que reina. Fate le confiesa a Omar Abdul que el paisaje le parece triste: “Así es el campo, le contesta el otro. A esta hora siempre es triste. Es un jodido paisaje para mujeres” (350). Como si la mujer se redujera a un estatuto de llorona, de quejona, de tristonza, es decir un sexo débil y vulnerable.

Al caer la noche, se destaca una geografía inficionada, agujereada y sin salidas, cuajada de cerros que son basureros, descampados que despiden un fuerte olor a maleza y a comida en descomposición. Frente a ese espacio que huele a muerte, Chucho Flores que trabaja en un periódico local y en una emisora de radio, novio de Rosa Amalfitano, murmura: “Qué noche tan bonita” (410); frase sospechosa que nos hace recordar que los verdugos no tienen cara, y que Chucho Flores por sus actividades ilícitas y poco escrupulosas, por sus respuestas evasivas en cuanto a los asesinos de mujeres, por su falta de compromiso como periodista en este asunto, tal vez forme parte de las personas involucradas en el feminicidio. El narrador no lo asevera, pero por lo menos lo deja sobrentendido. Las náuseas que suelen atacar a Fate son tal vez y por fin manchas de humanidad, de compasión y de asco ante la violencia frenética del mundo, imágenes que no puede digerir; no puede, simbólicamente, aceptar la decadencia y la braveza del ser humano.

En la segunda parte de la novela, Santa Teresa se confunde con una zona vaciada. Su presentación nace en la mayoría de los casos en los ojos de Amalfitano y en la visión que tenemos de ésta desde su casa. El primer elemento que interviene y que está omnipresente es el viento, un viento al principio puro que baja de las montañas, pero poco a poco viciado y desnaturalizado por los vientos opuestos. Su carácter devastador y venenoso se materializa a través de sus efectos destructores sobre el alojamiento del profesor chileno (211); un viento de mal agüero que lo levanta todo, da latigazos por su camino, que se introduce en los rincones más personales como lo ilustra este trozo:

A esa misma hora la policía de Santa Teresa encontró el cadáver de otra adolescente, semienterrada en un lote baldío de un arrabal de la ciudad, y un viento fuerte, que venía del oeste, se fue a estrellar contra la falda de las montañas del este, levantando polvo y hojas de periódico y cartones tirados en la calle a su paso por Santa Teresa y moviendo la ropa que Rosa había colgado en el jardín trasero, como si el viento, ese viento joven y enérgico y de tan corta vida, se probara las camisas y pantalones de Amalfitano y se metiera dentro de las bragas de su hija [...] (p. 260).

Las fuertes e irresistibles bocanadas de aire se adueñan de la indumentaria, cuerpos metaforizados de la familia de Amalfitano, y así se lleva a cabo una especie de violación de la ropa más íntima de su hija Rosa, de una alegoría de los abusos sexuales perpetrados contra las mujeres.

Amalfitano se pregunta lo que ha venido a hacer a Santa Teresa, interrogante anafórica y pendiente que abre el segundo movimiento de 2666 y que da la tonalidad del relato entero, el de un malestar. La lacería, la podredumbre, la vacuidad, los detritus, el olor a chatarra y a sangre (254) son términos que pertenecen al vocabulario del anciano para definir la ciudad. "Ciudad levantada en medio de la nada" (243), "ciudad infecta" (258), son expresiones que componen la letanía cotidiana y enfermiza de Amalfitano. En su vacío existencial corroborado por su vacío ambiente se manifiesta la ausencia de un refugio protector. El protagonista se siente ajeno a este mundo considerado como un peligro; vive una soledad cabal en un universo que lo repele, lo espanta y le impide situarse. Presa de un agujero, tiene el sentimiento del espacio de la nada, de la angustia.

El territorio de Amalfitano se identificaría con un "no-lugar". Marc Augé, en su obra *Introduction à une anthropologie de la surmodernité* (1992), define los "no-lugares" como espacios de anonimato. A partir de esta noción, describe cómo el lugar de la época moderna, que se combina con un acercamiento entre espacio, memoria, cultura e identidad, deja sitio al "no-lugar" de la "sobremodernidad", que estriba en una fragmentación y en una pobreza de estos vínculos. Por lo tanto, el "no-lugar" es todo lo contrario de una vivienda, de una residencia que es marca de identidad, allí uno no hace un nido, puesto que la casa, la *domus* se atomizó. El exterior se volvió cada vez más insignificante, cada vez menos legible. Resulta flexible, rechaza la fraternidad, la movilización, la posesión y en su cronología temporal no inserta más que el corto plazo. Amalfitano ve la ciudad fronteriza de Santa Teresa como una zona de negación del hombre, un territorio libre de toda norma, donde a menudo sopla lo peor; ésta proyectaría un México imperceptible e implacable como lo subraya otro personaje ficticio, el abogado Morgado, héroe creado por Gabriel Trujillo Muñoz a través de la oración del novelista Rafael Bernal: "*Somos pinches fabricantes de muertos en serie, y de muerte de segunda, hasta eso; anónimos cadáveres que se amontonan, en este México nuestro, en esta fosa común que abarca el país entero*".

La construcción literaria de Santa Teresa, ciudad de formas inabarcables y de contenidos heterogéneos, vacilaría entre el sentido y el no sentido, donde todo "tiene lugar", donde todo "hace lugar", donde todo es a veces

“no-lugar”. De ahí se desprenderían espacios despersonalizados, tales como el espacio fantasmal, el de la fugacidad, del olvido, del desvanecer identitario del que es prisionero Amalfitano. El paisaje de Santa Teresa, por lo visto, es excesivo tanto en su arquitectura heteróclita como en sus extensiones desérticas. Este espacio que podríamos tachar, para plagiar al filósofo Emmanuel Lévinas, de “proximidad de lo desconocido”, se asemejaría a “la soledad de los destinos humanos”, a la clandestinidad, a la vagancia, al movimiento, a la circulación rápida; todos estos signos “quizás oculten”, como decía Roland Barthes, “un sentimiento trágico”. En Santa Teresa, Amalfitano pierde o consume en la soledad más extrema su sustancia, su individualidad; se reduciría a un “cuerpo-maleta”, un cuerpo cerrado que abarcaría toda su existencia y todos sus bienes, y que sería el usuario de quien no está en su sitio.

Además aquí, la extensión vaciada, en la mayoría de los casos, no secretaría sino la pobreza, las fracturas, el salvajismo. La fragmentación del discurso narrativo (elipsis, interrupciones de la intriga principal, irrupción de nuevas historias, arranques analépticos) que desemboca en una sensación de oquedad y de confusión, se emplearía, entre otras cosas, para dar cuenta de la violencia y de la muerte fría e impávida que azotan lo cotidiano, como si la conciencia de la ciudad de Santa Teresa sólo se moldeara a través del lenguaje corporal del tránsito. Como en “El pozo y el péndulo” de Edgar Allan Poe, un vértigo horrible oprime a Amalfitano dado que se siente prisionero y el lugar de donde uno es cautivo no es más que el lugar a donde uno está cayendo. Lo infinito del descenso en la mandíbula abierta de Santa Teresa lo lleva casi a la locura. En su patio, cuelga un libro de geometría, suerte de biombo contra las intemperies, contra las agresiones climáticas, tal vez contra esa atmósfera sofocante y de muerte, como si la letra, la lógica, los razonamientos tuviesen la capacidad de luchar contra las voces criminales de lo inalcanzable y de lo atroz. Frente a la sugerencia de su hija de quitar el libro de semejante sitio, Amalfitano le contesta: “en esta ciudad están pasando cosas mucho más terribles que colgar un libro de un cordel” (p. 252). Piensa tal vez que la huella escrita permitirá un día callar los demonios de la inhumanidad.

Por otra parte, convendría detenerse, en la novela de Bolaño, en el carácter subyugado de estos espacios fronterizos que sin duda alguna se levantan no sólo como tierras impersonales, sino también como territorios dominados y administrados por el fraude, la violencia, la eliminación. Históricamente, las ciudades fronterizas del norte del país deben muchas veces

su auge a la prostitución, al comercio ilegal de productos manufacturados y al tráfico de opio. Asolada por lo anónimo, la frontera México-estadounidense también tiene amos, “usufructuarios” crapulosos, depravados, sanguinarios, entre los cuales se cuentan los narcotraficantes, los policías y militares corruptos, los jefes de negocios y hombres políticos aliados al crimen organizado, como lo recuerda Sergio González Rodríguez, en su libro *Huesos en el desierto* o más recientemente Diana Washington Valdez en su obra documental *Cosecha de mujeres*. Dueños de los lugares, imponen su yugo, ponen en práctica sus deseos, entre otros, lúdicos, dionisiacos y orgiásticos, y hacen de estas ciudades limítrofes su zona de poder, de favores y su espacio “pulsional”.

El crimen organizado se identificaría en la novela con cofradías que dirigen y desorganizan las zonas fronterizas, “cuerpos fálicos” y “anales” que vomitan a oscuras el espanto y la atrocidad. Su poder avasallador exagera las divisiones territoriales, sociales, culturales, genéricas, y edifica una geografía propia que estriba en el temor, el dominio y la opresión. Basta observar en la novela con qué desinterés la policía estudió sobre todo a principios y mediados de los años noventa los casos de mujeres asesinadas. En “La parte de los crímenes” están desperdigadas, a lo largo de 350 páginas, pruebas implícitas clasificadas a través de las acciones de los actantes o de los resultados sacados de sus indagaciones, pero que no dan a luz ninguna medida concreta y eficaz. Así, Pedro Negrete, el jefe de la policía, viajó a Villaviciosa a fin de conseguirle un hombre de confianza a su compadre Pedro Rengifo. Nos enteramos de que éste es un hombre muy poderoso, un narcotraficante que se las arregla de manera sagaz para llevarse bien con las autoridades de Santa Teresa (591).

La voz narrativa recalca la impunidad de la que gozan los afiliados al crimen organizado. Michel Wieviorka, en su libro *La violence* (2004), indica que la impunidad resulta un elemento decisivo para el pasaje a la barbarie, le es casi imprescindible a la crueldad; son las circunstancias como la ausencia de testigos así como las autoridades que se callan, que apoyan hasta legitimar la transgresión, las que permiten su expansión y su arraigo en la sociedad (272). Este fenómeno se extiende como un parásito. Como afirma Michel Serres, el parásito desconoce el cansancio. Come y bebe sin parar. Se reproduce a lo infinito, engorda e invade. Privatiza lo común y se apropia del espacio. Se nutre de su huésped, pero no lo mata porque lo necesita para vivir, para protegerse, para hacerse invisible. En 2666, el cuerpo parasitado es ante todo la policía, que se complace en obedecer las exigencias de los peces gordos, en

actuar como si el visitante delictuoso fuese su propio órgano, en perturbar la comunicación. Asimilada al parásito, la impunidad es por lo tanto fuente de ruido, de furia, de arrebato, de incompreensión, de desequilibrio, de ruptura de mensaje y de la disolución de los rasgos de la verdad.

En la realidad fronteriza, la orden genérica masculina controla la familiarización o la desfamiliarización del yo-cuerpo femenino con el espacio urbano. El espacio doméstico de la casa es para la experiencia femenina una zona de encierro y de exclusión y ya no equivale a un hogar tutelar, dado que muchas veces irrumpe la brutalidad conyugal. Al salir de la vivienda, la mujer rompe con la continuidad y la repetición del tiempo a las que estaba sometida, ya no se contenta con actividades aisladas, abre el cascarón del “no-ser” y se entrega desde el exterior al intercambio, a la afirmación de su yo, pero también al peligro. A partir de 1965, a través del “Programa de Industrialización Fronteriza”, las mujeres se han quitado su caparazón de madre, han dejado su estatuto de empleadas de servicios, para integrar la vida productiva de Ciudad Juárez y del país (Tabuenca Córdoba 2003). Aunque las maquiladoras han sido consideradas como espacios de inserción para las mujeres, que les han ayudado a evitar, entre otras cosas, la prostitución para poder sobrevivir, se ha creado alrededor de ese universo industrial el tópico de la obrera ligera, de hábitos dudosos y viciosos. La aparición de este nuevo actor social también ha generado modificaciones en la utilización y la apropiación del espacio urbano. Más autónoma económicamente, su modo de vivir se ha diversificado, se ha orientado hacia las salidas y los encuentros, y su cuerpo se ha abierto a lo nuevo, a lo posible, a un uso inédito del espacio y del tiempo; pero estos dos aspectos se han enfrentado con el discurso sexista y machista que circunscribe a la mujer en la esfera de un ser inferior o un “ser-objeto”; esfera que reduce su decencia al espacio del hogar familiar y su desenvoltura al vagar percibido como el territorio *stricto sensu* viril y masculino.

Apoyándose en teorías de Ana Bergareche, socióloga de la London School of Economics, Sergio González Rodríguez hace hincapié en el rencor del hombre frente a la emancipación de la mujer:

La percepción masculina que ve a las mujeres como un mero objeto sexual, detallaba la investigadora, vendría de que se ha desvanecido el carisma de la mujer pura, de la esposa y madre. Ahora que la mujer trabaja y no necesita protección masculina, se ha convertido en la antítesis de aquella fantasía. Al ser libre desde muy joven, incluso desde la pubertad, a la mujer se la identifica como la “sucia, la que le gusta el sexo, la que gana su dinero y se lo gasta en lo que quiere, como diversiones y ropa”. Así, se cierra el círculo y la violencia se desata (2002: 35).

En “La parte de los crímenes”, de la página 689 a la 692, el texto se inunda de chistes misóginos emitidos por unos policías que acaban el servicio en la cafetería Trejo’s, descrita como “un local oblongo y con pocas ventanas”, quizás metáfora material de la estrechez de espíritu y de las pocas luces de las que hacen gala los parroquianos del lugar; el sitio además es “parecido a un ataúd” (689), como si fuera el reflejo del pacto tácito firmado entre las autoridades policiales y el crimen organizado, como si las fuerzas supuestas del orden en vez de erigirse como un cuerpo de control y de amparo, resultasen un espectro de abusos y de temor. Las bromas que expresan desprecio y ridiculizan a la mujer se van superponiendo y van creando una plétora de vocablos reductores y humillantes, de adjetivos irrespetuosos e intolerantes, de oraciones ultrajantes y flagelantes que alcanzan un clímax de violencia oral:

Y más caliente: ¿Qué es más tonto que un hombre tonto?. (Ése era fácil). Pues una mujer inteligente [...] Y : ¿Qué hay que hacer para ampliar la libertad de una mujer? Pues darle una cocina más grande. [...] Y : ¿Cuál es el día de la mujer? Pues el día menos pensado. [...] y si alguien le reprochaba al judicial González que contara tantos chistes machistas, González respondía que más machista era Dios, que nos hizo superiores. [...] Y : ¿Qué hace el cerebro de una mujer en una cuchara de café? Pues flotar. [...] Y : ¿Qué hace un hombre tirando a una mujer por la ventana? Pues contaminar el medio ambiente. [...] el judicial entreabría el ojo izquierdo y decía : háganle caso al tuerto, bueyes. Las mujeres de la cocina a la cama y por el camino a madrazos. O bien decía: las mujeres son como las leyes, fueron hechas para ser violadas. Y las carcajadas eran generales (p. 690-691).

Ese catálogo de frases machistas que reducen a la mujer a un ser inferior, sin cerebro y sin autonomía, se presenta como un argumento suplementario para explicar la negligencia de la policía a propósito de las desapariciones y crímenes de mujeres en la ciudad de Santa Teresa.

Los falócratas viven esta categorización femenina, objeto de procedimientos de interpretaciones y de transformaciones, como una amenaza interna que es necesario aniquilar. La imagen codificada de la mujer obrera, ajena a la clase media y acomodada, en Ciudad Juárez, sólo navega entre febrilidad y libertinaje, entre la etiqueta virgen y mariana y la etiqueta diabolizada y tentadora sustentada por la supuesta influencia nefasta de los estadounidenses, según algunos responsables políticos mexicanos. La que va más allá del espacio público se expone por su propia voluntad a los riesgos de agresión y eso aparece a los ojos de algunos como un acto de transgresión. La ausencia de infraestructura, de equilibrio administrativo y arquitectónico hace de las ciudades fronterizas y en particular de Ciudad Juárez, el referente real de Santa Teresa, zonas donde es fácil enfrascarse en

el anonimato, falsificar la identidad, deslocalizar el alojamiento y cruzar la separación territorial. La transgresión de lo prohibido se opera en zonas desestructuradas y descontroladas, pero controladas y gobernadas por órdenes y formas de poder arbitrario, que gozan de la violencia como de una libertad absoluta. La defensa y la preservación de sus privilegios las empujan a afincarse en una cultura del miedo y del terror.

Al explotar rasgos de relato detectivesco (pesquisa, suspenso, protagonistas que improvisan como detectives, cadena de asesinatos, entrada en el mundo del hampa, ambiente enigmático, dispersión de indicios, detenciones...), Bolaño logra escudriñar los bajos fondos del espacio urbano fronterizo, evidenciar las fallas y las impertinencias del sistema estatal mexicano, tanto como los rasgos perniciosos y los comportamientos insensatos de las individualidades y de las colectividades, aclarar la faceta oscura de la existencia humana, desde las clases acomodadas hasta la gente humilde. Bolaño dice, narra, apoyándose en dichos ingredientes idóneos para esta corriente de escritura, porque son familiares e inherentes a nuestra sociedad real o mediatizada. Por otra parte, la variante negra del género policiaco no es más que una prolongación amplificada, puesta en texto literario, de la investigación periodística, como lo ilustran algunos relatos del argentino Rodolfo Walsh cuya *Operación masacre* (1957) se afilia a lo que Truman Capote llama "la novela-documental", es decir la narración de un hecho real que transgrede las fronteras del estricto relato ficcional. Autores como Hugo Valdés (*El crimen de la calle Aramberry*, 1994) o Juan José Rodríguez (*Mi nombre es Casablanca*, 2003) se inspiraron en el repertorio de asesinatos, de pleitos criminales que fueron la comidilla de la actualidad nortea, de la esfera política a los bajos fondos de la sociedad. En 2666, el hecho de los primeros asesinatos de mujeres transformado en acontecimiento por su índole repetitiva y exterminadora, transformaría de manera repentina la violencia cotidiana hacia la pesadilla, revelaría una criminalidad que escapa cada vez más de la autoridad de la policía y de la justicia, ellas mismas enviscadas en la prevaricación y la violación de las leyes, no protegería al lector de la barbarie relatada, y enseñaría que el mal no existe únicamente en los demás. En este sentido Bolaño confirma la declaración de Paco Ignacio Taibo II:

Queda claro que igual que para comprender a la Francia del siglo XIX, es necesario leer las obras de Balzac, quien quisiera pretender conocer hoy en día a la sociedad latinoamericana no tiene que leer los periódicos, tampoco los libros de historia, sino leer las novelas negras (citado por Valle 2003: 59).

En este territorio simbólico, presente en la novela de Bolaño, se podría reconocer una tercera zona, la de rapiña, un lugar de la negación del ser

femenino, de la deshumanización y de la violencia. Este centro urbano, tanto en la realidad, como en 2666, es más que línea de demarcación territorial; es zona de menosprecio para con la condición humana, territorio libre de cualquier restricción, donde todo puede ocurrir ya sea de noche o de día. En la narración de Bolaño, Santa Teresa se asimila a una pluralidad de ciudades donde la inocencia se une a la indecencia, donde a veces unos hombres infringen los límites, humillan, matan por encargo, por placer, por celos, por odio o por accidente. El espacio norteño de la frontera mexicana navegaría por un territorio de desolación a la vez “apocalípticamente” real e irreal, espacio poblado por fantasmas de carne y hueso. La urbe de Ciudad Juárez, también espacio referencial en algunos relatos de Gabriel Trujillo Muñoz en *El festín de los cuervos* (2002), en *La frontière* (2002) de Patrick Bard, o más recientemente en *J'ai regardé le diable en face* (2005) de Maud Tabachnick, es hoy el escenario de una larga cadena de crímenes atroces.

De Santa Teresa se destaca un retrato de un cementerio urbano repleto de voces femeninas que no son más que huesos sinónimos de lo invisible. Sería posible insertar a estas últimas, la mayoría obreras, en la categoría de los “cuerpos-capitales”, es decir piezas laborales dóciles con respecto a la producción deseosa, cuerpos destinados a crear nuevos bienes, a producir ingresos, cuerpos al principio productivos y eficaces, sumisos y conformes a las reglas impuestas por el mundo del trabajo, y que después de su rapto por redes mafiosas, se borran y se convierten en “cuerpos-objetos” con múltiples heridas. En efecto, los múltiples informes forenses, únicamente relacionados con asesinatos de mujeres, declinados bajo la forma de un crescendo cada vez más abisal e insostenible, a lo largo de la cuarta y más amplia sección de 2666 titulada “La parte de los crímenes”, podrían asimilarse a una epopeya del apocalipsis, a una *Iliada* mortuaria que deletrea una infinidad de versiones diferentes de los mismos hechos mórbidos y destructores, pero también a un desafío ante el olvido y la desaparición de la memoria. Se archivan 112 casos de femicidios que ocurrieron entre 1993 y 1997.

El movimiento dispone de una estructura circular, dado que abre y cierra con la descripción clínica de un cadáver. Esta geometría “epanadiplódica”, que descansa en la reiteración de una palabra en la apertura y en el cierre de un mismo enunciado, remite a la carencia de medidas radicales para erradicar este salvajismo ambiente. Cuanto más avanzamos en la lectura, más proliferan los informes forenses, más se inclinan los detalles hacia lo cruel. Esta profusión de cadáveres recalca la incompetencia y “la vista gorda” de la policía local y de la justicia mexicana. Todos los balances científicos, todos no solucionados, terminan con expresiones que aluden a

la indiferencia, al olvido, a la pérdida, y se tornan en un verdadero estribillo, como lo reflejan los ejemplos siguientes:

No hubo autopsia, en deferencia a su familia, y el examen balístico no se dio a conocer jamás y en alguna ida y venida entre los juzgados de Santa Teresa y Hermosillo se perdió definitivamente. [...] Ortiz Rebolledo visitó hoteles y pensiones, algunos moteles de las afueras, puso en movimiento a sus soplonos sin ningún éxito, y al poco tiempo el caso se cerró. [...] Durante unos días el judicial José Márquez investigó a algunos clientes del Serafino's, sin resultado alguno. [...] El caso se cerró. [...] El caso quedó sin aclarar. [...] El caso, efectivamente, se había ido a la chingada. [...] Pronto cayó en el olvido. [...] El caso lo llevó el judicial Carlos Marín y no tardó en clasificarse como caso no resuelto. [...] Tanto este caso como el anterior fueron cerrados al cabo de tres días de investigaciones más bien desganadas ( 447, 488, 515, 524, 579, 623, 627, 630, 791).

El empleo anafórico de la negación y de la ausencia presente en las frases de conclusión, muchas veces se ve reforzado por la no identificación de las víctimas:

No tenía pasaporte ni agenda ni nada que pudiera identificarla. [...] No portaba consigo ningún documento que acreditara su identidad. [...] Dos semanas después el cuerpo de la desconocida pasó a engrosar la reserva de cadáveres de los estudiantes de Medicina de la Universidad de Santa Teresa. [...] No se encontró identificación de ningún tipo y el caso se cerró. [...] De edad aproximada a los dieciocho años, medía entre metro cincuentaiocho y metro sesenta. El cuerpo estaba desnudo, pero en el interior de la bolsa se encontraron un par de zapatos de tacón alto, de cuero, de buena calidad, por lo que se pensó que podía tratarse de una puta (446, 469, 530, 637, 790).

Muchos cuerpos permanecen en el anonimato, ya sea porque no están inscritos en el registro civil de la ciudad por ser forasteros, ya sea por el estado irreconocible del cadáver.

Como en los relatos de Homero, entramos en una odisea pero aquí del exterminio de la mujer, en una serie de imágenes agonizantes que no cesan de reproducirse y agrandarse provocando un flujo de pormenores agresivos. Las víctimas tienen todas el mismo perfil: delgadas, morenas, de pelo largo, las encuentran con la cabeza partida o con el cuerpo mutilado y tumefacto. Estas muchachas, a menudo originarias de medios pobres y contratadas como obreras en las maquiladoras, en la novela de Bolaño, parecen unidas a un sin-pasado y a un futuro que se ve truncado por la muerte. Los asesinatos comparten características comunes: las vejaciones son casi idénticas y afectan no sólo a las mujeres adultas, sino también a adolescentes hasta niñas de apenas diez o doce años: "En diciembre, y éstas fueron las últimas muertas de 1996, se hallaron en el interior de una casa vacía de la calle García Herrero, en la colonia El Cerezal, los cuerpos de Estefanía Rivas, de quince años y de Herminia Noriega, de trece" (658-659).

Los cadáveres se encuentran en domicilios privados del centro, en las aceras de la ciudad, en las afueras, en las carreteras, en las acequias de aguas negras, en los campos de fútbol, en los terrenos traseros de las maquiladoras, en los cauces de un arroyo seco, en los descampados, en el desierto y sobre todo en los cubos de basura de las calles de Santa Teresa o en los basureros:

En septiembre encontraron el cuerpo de Ana Muñoz San-Juan detrás de unos cubos de basura en la calle Javier Paredes en la colonia Félix Gómez y la colonia Centro. [...]. En octubre encontraron a la siguiente muerta en el nuevo basurero municipal, un vertedero infecto de tres kilómetros de largo por uno y medio de ancho situado en una hondonada al sur de la barranca El Ojito, en un desvío de la carretera a Casas Negras, a la que diariamente acudía una flota de más de cien camiones a dejar su carga. [...] la segunda muerta apareció cerca de un basurero de la colonia Estrella. [...] El mismo día en que encontraron a la desconocida de la carretera Santa Teresa-Cananea, los empleados municipales que intentaban remover de sitio el basurero El Chile hallaron un cuerpo de mujer en estado de putrefacción (519, 529, 566, 584).

Este mundo de desperdicios es el de sustancias fétidas donde hormiguan el desorden, la podredumbre y la corrupción, es el lugar profundo de donde se desprende un olor a agonía, a putrefacción, a decadencia y que se percibe en las carnes muertas de las jóvenes. En ese averno de materia en disolución, la víctima ya no es un nombre legible en la superficie, ni siquiera es un cuerpo. La mancha es uno de los efectos de la violencia. El lenguaje vinculado a los desechos expresa el odio y significa un rechazo a la dignidad humana. Georges Bataille subraya que: "Como la vida humana es el bien, está en la decadencia aceptada, la decisión de escupir sobre el Bien, de escupir sobre la vida humana" (1957: 153).

En la novela de Bolaño, los lugares descentrados donde se ha encontrado la mayoría de los despojos de las víctimas, tales como los vertederos ubicados cerca de las fábricas y el desierto, se confundirían con un campamento improvisado, símbolo de la represión del sexo femenino y de la neutralización de los cuerpos de jovencitas, de mujeres. Las "des-realizan", las desnaturalizan, las desvalorizan, las despersonalizan exhibiéndolas en espacios desprovistos de humanidad y de identificaciones y forzándolas a vivir un desamparo y una soledad eternas. Estas mujeres muertas se reducirían a seres desarticulados, estigmatizados, despedazados, cubiertos de asperidades, "desobjetivizados", a quienes han "abierto", "penetrado", "cortado" y "vaciado", como si uno volteara repentinamente hacia el universo demoníaco e híbrido de las pinturas de El Bosco. El carácter parcelario de su fisonomía (tumefacciones, mordeduras, quemaduras, defor-

maciones, mutilaciones), así como la índole a veces fantasmal de su identidad, las congregarían en los lugares (tierras de vacuidad, muladares públicos) donde han sido abandonadas luego de su calvario. Cuerpos depravados y magullados se entrelazarían con un universo labrado en el dolor y la humillación para sólo constituir un mismo tejido que Merleau-Ponty llama metafóricamente “la carne”, pero que aquí es una carne demacrada y mancillada.

En los informes forenses, aparece primero una visión del cuerpo muerto, inmóvil, enteramente visible en todos sus órganos externos e internos y luego dividido a causa de los fenómenos de desmembración, dislocación, destripamiento, devoración, estallido. Los lugares de excitación sexual llamados por Freud zonas erógenas, concentrados sobre los orificios del cuerpo (zona oral, anal y genital) son presas de un sadismo y de un deseo de vaciar y aspirar; sadismo que intenta transformar el cuerpo en objeto y considerarlo como tal. En todos los informes forenses se dictamina que la causa de la muerte fue el estrangulamiento y que las víctimas fueron violadas anal y vaginalmente innumerables veces, presentando señales claras de tortura, así como numerosas desgarraduras en ambos orificios, profusión de hematomas, amputaciones, pezones arrancados a mordidas, heridas punzantes de arma blanca en brazos, tórax y piernas, estacas por la vagina y el ano. A estos cadáveres abandonados en el desierto, en un lote baldío, en un páramo, en un vertedero infecto, los asesinos les quitan su orgullo y su decencia, no les permiten morir dentro de un proceso civilizado y demuestran con este acto su poder de varones. Como lo recuerda la socióloga Julia Monárrez Frago, hay una disposición total del cuerpo que, convertido en cadáver, se deja en posiciones ginecológicas o con las manos atadas, símbolo del control de parte del hombre. En una necesidad de destruir, en arranques frenéticos, éste se apodera de la mujer-objeto, la consume como el fuego, la lleva sin esperar a la ruina y no se detiene hasta alcanzar la cima de la transgresión. La profanación del cuerpo ajeno es la negación completa y acabada del aspecto individual.

Estos cuerpos que eran “seres al mundo”, para citar de nuevo a Merleau-Ponty, que daban acceso al mundo, como lo recuerda uno de los cuadros de Gustave Courbet (*El origen del mundo*, 1866), no serían más que huellas de lo inhumano, pivotes de la crueldad, “simbologías generales del mundo”, microcosmos del macrocosmos que se caracterizan por Tánatos, el abismo y el caos. El cuerpo como sexo, como fuente de vida y de fertilidad se vuelve “un osario de signos” (Bernard 1995: 152), pero aquí de tormentos y de

fiereza. Al violar, desfigurar, profanar el espacio femenino, los verdugos les negarían a sus víctimas su modo de existencia, la expresión de su propio mundo, tener meramente su mundo. Sería atinado examinar la imaginería que parece perfilarse en la novela estudiada: “cuerpo humillado”, “cuerpo recogido”, “cuerpo despedazado”, “cuerpo sajado”, “cuerpo-cicatriz”. La destrucción de estos cuerpos simbolizaría su desacralización, su desocialización así como el borramiento de su memoria.

Estos cadáveres agraviados en los rincones más íntimos de su carne encontrarían una voz de papel que se desgranaría en eco; eco que tendría una resonancia internacional en la novela a través de la galería de los personajes europeos, estadounidenses, latinoamericanos que a veces se cruzan, pero siempre cruzan por una palabra, una imagen, un objeto, el silencio estrepitoso de las víctimas del feminicidio. La referencia al holocausto en la última sección de la obra de Bolaño recordaría que lo trágico y la barbarie ignoran la temporalidad, las delimitaciones geográficas, idiomáticas y culturales.

Ajustes de cuentas, brutalidades conyugales, riñas callejeras, prostitutas golpeadas, antros de música y bebidas alcohólicas donde circulan la droga y el comercio del sexo, raptos en cadena de mujeres y descubrimientos de cuerpos atrofiados... Bolaño desdobra el pergamino de la violencia rutinaria en Santa Teresa, espejo de Ciudad Juárez. En “La parte de Amalfitano”, “La parte de Fate” y sobre todo en “La parte de los crímenes” se van elaborando diferentes pistas para tratar de comprender ese panorama asqueroso que contribuye a la persecución, a la tiranía y a la eliminación del género femenino: violencias domésticas, tráfico de droga, asesinos en serie mexicanos o extranjeros, solos u operando en pandilla... Esta violencia desmesurada nos empuja a plantear una lista de hipótesis con el propósito de entenderla o por lo menos de darle un sentido:

- Primero: sería una violencia incontrolable, que se escaparía totalmente del análisis hasta no suscitar más que la idea de locura. El actor de tales actos se asemejaría a un sujeto delirante, sicótico o paranoico.
- Segundo: existiría una banalidad del mal como lo preconizara Hannah Arendt. Dotado de una conciencia de la obediencia, el verdugo, sometido a una autoridad, se definiría por su pasividad y su indiferencia con respecto a sus propios ademanes. Se limitaría a ser el ejecutante de consignas. Ya no sería sujeto, sino agente y se hallaría lejos de cualquier lógica personal. Tal vez esa peor barbarie cons-

tituiría un recurso para contratar a nuevos reclutas en “la familia” del crimen organizado y así sondearlos para saber hasta dónde serían capaces de llegar en el horror para satisfacer las exigencias de la jerarquía.

- Tercero: la violencia se determinaría por una colosal búsqueda del placer, sacaría su sentido del gozo esperado por su protagonista. Sería una violencia lúdica, una especie de sobrepuja o de competición. En *Traité de la violence*, Wolfgang Sofsky explica que en ésta se encuentran la indiferencia del hábito, el ritual repetitivo de la puesta en escena, el desarrollo ajustado de la matanza. Están aquí la creatividad del exceso y el desprecio socarrón frente al sufrimiento de las víctimas. Dicha crueldad engendraría una pura libido, “un placer de la expansión del yo” (89). La violencia aquí disfruta de una libertad absoluta, dado que el sentido de la destrucción es la destrucción misma. El criminal libera sus pulsiones, se desenmascara sin límites, quiere experimentar con su mano lo que está haciendo. Clément Rosset, en *Le principe de la cruauté*, indica que “*cruor*” de donde deriva “*crudelis*” (crudo, no digerido, indigesto), designa la carne desollada y sangrienta, es decir la piel desnudada de sus protecciones o adornos ordinarios, reducida a su realidad sangrante e indigesta (1988: 11). Poco importa lo que padezca la víctima, es necesario que sufra para que la satisfacción del culpable sea completa.
- Cuarto: “el juego” con los cadáveres desfigurados, destruidos sería algo diferente a un acto gratuito e insensato. En primer lugar, las numerosas mutilaciones que afectan el cuerpo y el sexo de las víctimas transmitirían el mensaje de la barbarie, un mensaje de terror que pondría en tela de juicio (tanto para las víctimas como para su familia y su género) no sólo el presente, por la privación de descendencia, sino también el futuro, por negarle a las víctimas una muerte decente y un descanso eterno, sabiendo que el último soplo exhalado fue el del sufrimiento y la última imagen la de un fin monstruoso. En segundo lugar, el verdugo inscrito en una relación perversa pero sensata añadiría a la violencia una carga inútil de crueldad a fin de asumir su comportamiento aborrecible, aunque sin asumirlo como inhumano. Michel Wieviorka estudia esta tesis inspirándose en una de las teorías de Primo Levi elaborada en su libro postrero, *Les naufragés et les rescapés, quarante ans après Auschwitz*, donde se interroga sobre la violencia y más bien sobre la crueldad que practicaban los vigilantes

nazis en los campos de concentración. Según Levi, antes de morir la víctima es degradada a fin de que el asesino sienta menos el peso de su culpabilidad. Aquí se establece un mecanismo paradójico en el cual para poder soportarse, mientras está actuando de manera violenta sobre otras personas, el verdugo las trata como si fuesen no-seres humanos, con un comportamiento feroz que las “cosifica”, las animaliza, las transforma en objeto, sacándolas de la Humanidad. Para alcanzar tal grado de instrumentalización y pulverización del cuerpo, hace falta que el asesino marque una distancia con su víctima, la conciba como si no perteneciera a la misma especie que él mismo. Así, al hacer de la mujer un no sujeto, capaz de ser envilecido y destruido como un objeto, un insecto, un animal, el criminal se sentiría ser humano, sujeto, mientras que en realidad es un anti-sujeto que deniega la humanidad y la función de sujeto de su víctima (Wieviorka 2004: 272-273).

Por otra parte, a menudo, al lado del verdugo y del tirano invisible, la mujer en Santa Teresa, en la mayoría de los casos, no se ve bajo el ángulo de la vecina o de la ciudadana, sino de la víctima. No obstante, al atribuirle este estatuto, el narrador homodiegético y omnisciente de 2666 la metamorfosearía en portavoz de las violencias que afectan al género femenino, en esa geografía urbana, así como en “cuerpo especulativo” que reflejaría el origen del mal. También parece introducir, en el espacio de creación literaria la noción de “reconocimiento de la víctima” (Wieviorka 2004: 84) haciendo de los padecimientos de esta última un escudo contra la impunidad y contra la pasividad y la ineficacia de las autoridades judiciales. El drama que agrede a estas mujeres generaría en el texto debate y conflicto que luchan contra el silencio que rodea las violaciones, contra el desamparo de las familias afectadas, contra las tentativas de ahogamiento de los asuntos de agresión sexual por parte de los órganos del poder. Las violencias que han sufrido las víctimas en la escena privada se ven así desplazadas hacia la escena pública y colectiva, dejan de concernir sólo a los protagonistas, e incluso adquieren una resonancia que va más allá de las fronteras del país.

La proliferación de la imagen de la víctima en la novela de Bolaño no podría desembocar más que en una toma de conciencia del lector en cuanto a los crímenes mayores tratados, así como en un cuestionamiento y en una crisis de las instituciones mexicanas, en el sentido en que el estado ya no se erige como el garante del orden y de la cohesión, ni como el justiciero. Al dar un eco internacional a la víctima femenina de Santa Teresa, tanto por la

supuesta implicación de extranjeros en los asesinatos como por la difusión y el conocimiento del delito fuera de México, el escritor chileno dice que la impunidad constituye directamente el paso a la barbarie e intenta atribuir un alcance universal al crimen.

Santa Teresa sería por lo tanto un lugar en donde todos los efectos de sentidos y de no-sentidos se hallan diluidos, un lugar que vacila sin cesar entre la dicotomía de lo dicho y de lo no-dicho, del grito y de la afonía, del silencio y del sobreentendido, un lugar teñido de miseria sanguinaria y de lóbregos sentimientos, un lugar sin duda con acentos anafóricos, que supera delimitaciones territoriales y culturales, que abraza enteramente la esfera terrestre, y que invita a preguntarse ¿dónde está el hombre, en qué se diferencia de la bestia o en qué es peor que la bestia, qué lo incita a agitar y transgredir el orden público, a ir más allá de las normas?, como si la vida sólo se resumiera en una sombría novela negra.

En 2666, Roberto Bolaño pone de relieve las afasias, los silencios molestos, las comunicaciones oblicuas o prohibidas que procuran callar los horrores de nuestro tiempo. En este combate cuya apuesta es hablar a través de una pared de obstrucción y de un mutismo aciago, la iniciativa pertenece al acto de formular y de escribir, un espacio de libertad sin leyes dictadas e impuestas, para denunciar y recuperar la memoria de las víctimas ya que, como lo subraya Michel Foucault, “no hay historia sino por el lenguaje” (1996: 164). La ficción, particularmente en “La parte de los crímenes”, se metamorfosea poco a poco en un cementerio verbal donde sólo la anatomía es capaz de gritar las heridas y las humillaciones. Por más que se repita, cada caso es distinto, cada caso tiene su propio rostro, y el falso efecto redundante se encapsula en la narración sólo para repetir esta verdad, la de un feminicidio, y para sacar las conciencias de su silencio y de su pasividad.

Al filtrarse en los asesinatos de las mujeres, el novelista chileno vuelve a encontrar otros cuerpos, y les entrega de nuevo su voz, su tiempo y su lengua, una manera de no enterrarlos en la amnesia y de devolverles, si no su identidad, por lo menos su integridad. Sus palabras luchan contra el telón de polvo, contra la resignación; no dejan de plantear preguntas al lector y lo colocan en una situación de dudas, de interrogaciones y de sobrecogimientos. Justamente porque, para plagiar a Tchekov, “Todo lo que uno no entiende, es misterioso, y al mismo tiempo terrorífico” (citado por Kaufmann, 1970: 32). Esta obra no da comodidad al lector, no lo serena, más bien lo despista, pero al mismo tiempo lo despabila y lo invita a que reflexione sobre el deterioro social e individual. Como afirma Ricardo Piglia, “Los

grandes textos son los que hacen cambiar el modo de leer" (2001: 55). Esta novela polifónica y sísmica que da su teoría del mundo y la de todo el mundo es sin equivocación de esta hechura ●

### Bibliografía

- Aragon, Louis, 1980, *Le mentir- vrai*, Nouvelles, Gallimard, París.
- Arendt, Hannah, 1972, *Du mensonge à la violence*, Calmann-Lévy, París.
- Augé, Marc, 1992, *Non-lieux. Introduction à une anthropologie de la surmodernité*, Seuil, París.
- Bard, Patrick, 2002, *El Norte, Frontière Américano-Mexicaine*, Marval, París.
- Bataille, Georges, 1957, *L'érotisme*, Minuit, París.
- Barthes, Roland, 1970, *S/Z*, Seuil, París.
- Bernard, Michel, 1995, *Le corps*, Seuil, París.
- Bolaño, Roberto, 2004, *2666*, Anagrama, Barcelona.
- Borges, Jorge Luis, 1956, *Ficciones*, Emecé, Buenos Aires.
- D'Agata, Antoine, 2003, *La frontera / The border*, Villa Medicis Hors-les-Murs, Picto, París.
- Delmas-Marty, Mireille, 2002, *Crimes internationaux et juridictions internationales. Valeurs, politique et droit*, Presse Universitaire de France.
- Deleuze, Gilles y Félix Guattari, 1980, *Mille plateaux*, Minuit, París.
- Derrida, Jacques, 1967, *L'écriture et la différence*, Seuil, París.
- "El feminicidio es el exterminio de la mujer en el patriarcado", entrevista a la socióloga Julia Monárrez Fragoso, *Modemmujeer*, domingo 19 de octubre, 2003.
- Foucault, Michel, 1996, *Dits et Écrits*, vol. 1, Gallimard, París.
- García Canclini, Néstor, 2000, *Culturas híbridas: estrategias para entrar y salir de la modernidad*, Grijalbo, México.
- Genette, Gérard, 1987, *Seuils*, Seuil, París.
- González Rodríguez, Sergio, 2002, *Huesos en el desierto*, Anagrama, Barcelona.
- González Rodríguez, Sergio, 2003, "Tueurs de femmes à Ciudad Juárez", en *Le Monde Diplomatique*, agosto, pp. 14-15.
- Kaufmann, Pierre, 1970, *L'expérience émotionnelle de l'espace*, Librairie Philosophique J. Vrin, París.
- Merleau-Ponty, Maurice, 1945, *Phénoménologie de la perception*, Gallimard, París.
- Muñoz, Boris y Silvia Spitta, 2003, *Más allá de la ciudad letrada: crónicas y espacios urbanos*, Biblioteca de América, Instituto internacional de Literatura Iberoamericana, Universidad de Pittsburgh.
- Padura Fuentes, Leonardo, 1999, "Modernidad y postmodernidad: la novela policial en Iberoamérica", *Hispamérica, Revista de literatura*, vol. 28, núm. 84, diciembre, pp. 37-50.

- Piglia, Ricardo, 2001, *Crítica y ficción*, Anagrama, Barcelona.
- Renaud, Maryse, 1998, "Le roman et ses marges: réflexions sur la littérature populaire", en Ponce, Néstor (coord.), *Ecrire le Mexique*, Éditions du Temps, París.
- Ronquillo, Víctor, 1999, *Las muertas de Juárez, crónica de los crímenes más despiadados e impunes en México*, Planeta, México, D.F.
- Rosset, Clément, 1988, *Le principe de la cruauté*, Minuit, París.
- "San Estanislao Kostka S. J." (Butler, *Vida de los santos*), "Bosco" (Salésman, *Vida de los santos*) y *Un santo para cada día* de Luigi Giovanni y Mario Sgarbosa, en [www.corazones.org/santos](http://www.corazones.org/santos) (sitio web de las Siervas de los corazones traspasados de Jesús y María).
- Rousset, Jean, 1990, *Passages, échanges et transpositions*, Librairie José Corti, París.
- Serres, Michel, 1997, *Le parasite*, Hachette, París.
- Sibony, Daniel, 1991, *Entre-deux, l'origine en partage*, Seuil, París.
- Sofsky, Wolfgang, 1998, *Traité de la violence*, Gallimard, París.
- Soubeyroux, Jacques (dir.), 1994, *Lire la ville, Littératures d'Arts d'Espagne et d'Amérique latine*, Publications de l'Université de Saint-Étienne.
- Taibo II, Paco Ignacio, 1998, *Sombra de la sombra*, Edición Tlalaparta, Tafalla.
- Tabuenca Córdoba, María Socorro, 2003, "Baile de fantasmas en Ciudad Juárez al final/principio del milenio", en *Más allá de la ciudad letrada: crónicas y espacios urbanos*, pp. 411-437.
- Trujillo Muñoz, Gabriel, 2002, *El festín de los cuervos*, Norma, México, D.F.
- Valle, Amir, 2005, "La ville et le roman noir", en 813, *Les amis de la littérature policière*, núm. 93, junio, pp. 58-60.
- Vion-Dury, Juliette Jean-Marie Grassin, Bertrand Westphal, 2003, *Littérature et espaces*, Ouverture de Daniel-Henri Pageaux, Actes du XXX<sup>e</sup> Congrès de la Société Française de Littérature générale et Comparée -FLGC- Limoges, 20-22 Septembre 2001, Collection Espaces Humains, Pulim, Presses Universitaires de Limoges.
- Washington Valdez, Diana, 2005, *Cosecha de mujeres*, Océano, México, D.F.
- Wieviorka, Michel, 2004, *La violence*, Balland, París.
- Zourabichvili, François, 2003, *Le vocabulaire de Deleuze*, Ellipses, París.